Fitz-Gerald, aunque protestante, no dejaba de ser estimado en Irlanda, á causa de mostrarse, en política, favorable á los católicos, lo que en lenguaje irlandés, es sinónimo de hombre de bien. Tenía ademas relaciones abundantes; y en el discurso pronunciado antes de la eleccion, supo interesar el ánimo de los electores, con la memoria de los servicios prestados al pais por él y su familia, y conmovió el corazon del auditorio cuando con voz trémula y los ojos arrasados de lágrimas, recordó que su anciano padre, hombre muy venerado en el pais, estaba á la sazon enfermo y en las agonías de la muerte.

Pero ¿qué podia la palabra de Fitz-Gerald contra la palabra de O'Connell? Apenas comenzó su discurso el grande *agitador*, se borraron todas las impresiones producidas por el discurso de su adversario. El auditorio se olvidó bien pronto del *protestante honrado, de la familia benéfica* y del *anciano moribundo;* la muchedumbre recibia las palabras de O'Connell como la tierra sedienta los raudales de lluvia; el orador, tocando todos los resortes del corazon, conmovia el auditorio con todo linage de sentimientos; al mover de su brazo nervudo y de sus espaldas atléticas, al girar de su vista vibrante, al sonido de su voz robusta, sonora, rápida como un torrente, el auditorio, ó se agitaba como impulsado por un movimiento mágico, ó se quedaba profundamente silencioso, quieto, como petrificado, como herido de un rayo: y cuando el orador conoció que habian vibrado ya todas las cuerdas del corazon, calló; y en pos del estrepitoso *hourrah para O'Connell*, que se levantó por todas partes, quedó elegido por una mayoría de 1075 votos.

Vencida la primera dificultad, quedaba la segunda, no menos embarazosa, y que parecia insuperable. Bien lo sabia O'Connell, bien sabia que negándose á prestar el juramento protestante, no se le permitiria sentarse en los escaños del parlamento; pero la osada empresa se habia comenzado, y comenzado bien, y era menester llevarla á cabo. De todos modos, estaba resuelto O'Connell á reclamar su puesto de diputado; pero los acontecimientos marchaban á prisa, pues que entre tanto, se aprobó en las cámaras inglesas el bill de emancipacion de los católicos, merced, en buena parte, á la ruidosa eleccion de Clare. ¿Qué lograba O'Connell presentándose á reclamar su puesto en la cámara de los comunes, y arrostrando una negativa segura? Mucho, muchísimo; porque provocando una escena en que se le veia salir de la cámara por no querer prestar el juramento, interesaba en su favor á todos los hombres amantes de las convicciones sinceras, y de la firmeza de ánimo en defenderlas, ponia en abierta lucha á la Inglaterra con Irlanda, enardecia el espíritu público del pais, presentaba en escena al derecho luchando cuerpo á cuerpo con la ley; en su persona y en la del presidente de la cámara, se personificaba vivamente la Irlanda católica oprimida por la Inglaterra protestante: es decir, que desacreditaba la ley, manifestaba á la luz del dia su injusticia y tiranía, la hacia imposible.

Preséntase O'Connell en la sala del parlamento: la ley de emancipacion se habia votado ya; pero como él habia sido elegido antes, el presidente, fundado en que la ley no podia tener efecto retroactivo, le ecsige el juramento. O'Connell se niega á prestarle; el presidente le intima que se retire, y O'Connell se retira seguido por la vista de un inmenso concurso, que no se sacia de contemplarle. Así, aunque derogada ya de antemano la ley opresiva, acabó O'Connell de hacerla pedazos, asegurando el completo triunfo y desarrollo del sistema de libertad que habia empezado á recabar en favor de los católicos. Anulada su eleccion, vuelve á Irlanda á pedir de nuevo los sufragios de los electores de Clare. Ningun triunfador del mundo se vió jamas rodeado de mayor entusiasmo. Figúrense nuestros lectores á O'Connell, atravesando la Irlanda en un coche descubierto, escoltado por mas de cuarenta mil personas, saliéndole los pueblos al encuentro embriagados de contento y de esperanza, arrojando flores al libertador, y colmándole de bendiciones; figúrense, si pueden, á la tumultuosa comitiva entrando en Clare á la una de la noche, rodeado el carro triunfal de hachas, de palmas, en medio del bullicio de toda la poblacion del condado, entre el estrépito de las aclamaciones y de las músicas; á los hombres levantando sus brazos y sus picas, las mugeres agitando sus pañuelos, y alzando en alto á sus niños para mostrarles al *libertador;* y figúrense sobre todo á O'Connell en pié, sobre su carro triunfal, ecsaltada su alma con el grandor del espectáculo, y con la embriaguez del triunfo, centelleando en su rostro y en sus ojos, las emociones tiernas, los sentimientos generosos, el ardor tempestuoso que á porfia agitan su pecho; contemplen su fisonomía realzada por el resplandor de las antorchas, sus gestos irregulares por la agitacion y el movimiento, y arengando entre tanto á la multitud, dominando con su voz el estrépito que le rodea; figúrensele empleando aquella elocuencia á la vez elevada y familiar, á la vez aterradora y tierna, á la vez enérgica y blanda, con que sabe remover el corazon de las masas; figúrense, si pueden, este cuadro, y vean si les presenta la historia otro mas grandioso é interesante.

Nadie se atrevió á competir con O'Connell; y á la verdad que era escusado. Despues de tanto triunfo, hasta las formas hubieran podido ahorrarse. Aquella segunda eleccion produjo en O'Con-

nell una emocion profunda; y en el discurso dirigido á la inmensa muchedumbre que le rodeaba, se elevó su elocuencia á un punto en que nada tenia que envidiar á los mas ilustres oradores antiguos y modernos. Creemos que los lectores nos agradecerán el que les presentemos una breve muestra; he aquí cómo terminaba su discurso, dirigido á un auditorio de cuarenta mil almas: "En pre-"sencia de mi Dios, y con el mas profundo sentimiento de la res-"ponsabilidad que consigo llevan los solemnes deberes que por dos "veces me habeis impuesto, irlandeses, yo los acepto; y la seguri-"dad que tengo de cumplirlos, la fundo, no en mis fuerzas, sino en "las vuestras. Los hombres de Clare saben que la sola basa de la "libertad es la religion: habeis triunfado; pero vuestro triunfo es de-"bido á que la voz que se levanta en favor de la pátria, se habia ex-"halado de antemano en plegarias al Señor. Los cánticos de liber-"tad se oyen ya en nuestras verdes campiñas, recorren las colinas, "han llenado los valles, murmullan en las ondas de nuestros rios; "y nuestros torrentes responden con voz de trueno á los ecos de "nuestras montañas: *¡la Irlanda es libre!*"

Entró O'Connell en la cámara de los comunes en Marzo de 1830, y en su nueva posicion ha sabido conservar el alto concepto que antes se habia adquirido. Su elocuencia, mas propia para las reuniones populares que para una asamblea de frios políticos, se ha mantenido, no obstante, en su elevada reputacion; y el tribuno de Irlanda ha sabido manifestarse tambien como distinguido orador parlamentario. Conservando en la cámara aquella superioridad que le grangean sus talentos, su elocuencia y la energía de su carácter, es el caudillo único del partido irlandés; y su voto es el voto de todos los diputados irlandeses. Por esto se ha llamado á esta fraccion de la cámara, *la cola de O'Connell.*

Seguirle en su vida pública desde que entró en la cámara, seria trazar la historia de las vicisitudes políticas de la Gran Bretaña; porque es imposible dar un paso, ni en las discusiones mas importantes, ni en las crísis ministeriales, sin encontrarse con O'Connell; con ese O'Connell que persigue, que acosa á todos los partidos que se suceden en el poder, que no les deja descanso hasta haberles arrancado una concesion, ó haberlos derribado del mando. Largo seria el entrar en pormenores sobre la vida pública de O'Connell en los últimos once años; y ademas fuera inútil, porque su historia es demasiado conocida. Así, nos limitaremos á señalar en general el rumbo de su política, presentando ademas algunas reflecsiones, que sin dar sobrada estension á nuestro trabajo, no carecerán quizás de provecho.

Se ha dicho que la política de O'Connell ha sido variable: esto es verdad hasta cierto punto; y no depende de otra causa, sino de la misma fijeza del pensamiento, única guia de su conducta. ***La mejora de la suerte de Irlanda:*** este es su norte, y á él se dirige por el camino que le parece mas conveniente. Se modera ó se ecsalta; forma alianza con un ministerio, ó le declara guerra á muerte; demuestra simpatías por un partido, ó rompe bruscamente con él, y le ataca sin miramiento; todo es cuestion de circunstancias, y éstas, subordinadas siempre al interés de Irlanda. ¿Las circunstancias reclaman templanza? el ímpetu del orador se modera, su lenguaje es pacífico, sus consejos rebosan de prudencia; en las reuniones populares, en los banquetes, en el parlamento, emplea aquel género de elocuencia que amansa las pasiones populares, que solo tiene fuerza para mantenerlas en el grado de calor y de movimiento necesarios para preservar de la flojedad y descuido. ¿Amenaza el peligro? El rio que corria pacíficamente por el hondo cauce con sosegado murmullo, se hincha, se levanta, espuma contra las rocas que le encajonan, y se desborda con estrepitoso bramido.

¿Creeis que en su alianza con el partido whig habia perdido O'Connell su primitiva energía, ó que los años habian enfriado su corazon? Os engañábais: el leon dormia, y á su primer rugido tembló el ministerio tory, aun antes de tomar las riendas del mando. Era en la sesion del 27 del pasado Agosto, y el viejo tribuno rompia ya las hostilidades con el futuro ministerio Peel; haciéndolo con todo el arte de que es capaz su talento, amaestrado con tan larga esperiencia, y con todo el brio y energía de su corazon fogoso. Las leyes sobre cereales, habian sido el principal tropiezo del ministerio whig; quiere O'Connell concitar contra el ministerio tory las pasiones de la clase menesterosa, y hácelo presentando la cuestion bajo su aspecto mas crudo é irritante. "La cuestion, dice el sagaz ora-"dor, no puede ser mas sencilla: trátase de si el pueblo ha de comer "el pan barato ó caro; si se quiere que viva ó que muera." Ataca en seguida al partido tory, con toda la vehemencia de un jóven de treinta años, y manifiesta los temores que le atormentan con respecto á la suerte de la Irlanda: pero tomando nuevo aliento á la vista del peligro, termina su discurso con las siguientes palabras, que producen en la cámara una sensacion profunda: "Jamas mi-"nisterio alguno se habrá visto rodeado de mayores peligros; sean "cuales fueren los ministros, los invito á pesar bien en su ánimo la "verdad siguiente: ***el hombre reducido á la estremidad, aprovecha "la ocasion de Dios:*** tarde ó temprano, será preciso hacer justicia á "la Irlanda."

La vehemencia con que ataca O'Connell á los torys, se esplica fácilmente considerando que no todos los hombres de partido son tan templados como Peel, y que á la sombra del nuevo ministerio esperan los protestantes mas fanáticos empezar de nuevo su conducta reaccionaria contra los católicos. Sabido es que uno de los principales embarazos con que tiene que luchar la prudencia y firmeza de Peel, es la ecsaltacion de algunos de sus partidarios; y aunque no dudamos que este hombre ilustre sabrá mantenerse en el sistema de moderacion que ha anunciado en su famoso discurso, no debe admirarnos que se ponga en actitud hostil contra el nuevo ministerio el hombre sobre quien gravita la responsabilidad de los intereses de Irlanda. Si duros y violentos nos parecen sus ataques, debemos tambien recordar que son en gran parte provocados por ese partido furioso que declama todavía contra el Catolicismo con toda la fogosidad y virulencia que pudo hacerlo el mismo Lutero. ¿Quiérese que la Irlanda se mantenga en calmosa indiferencia, cuando todavía oye decir, "que el Catolicismo es la religion del "diablo, que sus sacerdotes no tienen mas honradez que los de "Mahoma, que no son mas puros que los del paganismo, que son "tan inhumanos como los de Jaggernaut?" ¿cuando uno de los nuevos ministros, el lord canciller, lord Lyndhurst, se ha mostrado tan ciego enemigo de los irlandeses, llamándolos "estrangeros por la "sangre, por la lengua y por la religion?" Sin duda que ningun hombre sensato aprobará el lenguaje virulento, y hasta injusto, de O'Connell, cuando atacando á los torys les echa en cara nada menos que el feo borron de traidores á su reina, y cuando proclama la libertad civil y religiosa con una ecsageracion que no podia ser de provecho ni á la misma Irlanda; pero unos escesos se esplican por otros escesos, y cuando la provocacion es tan irritante, no es estraño que el ataque sea tambien desmedido y violento (1).

A pesar de los escesos que hemos reconocido en O'Connell, y que somos los primeros en desaprobar, no puede negarse que su demagogia ofrece un carácter que hace sumo honor á la rectitud y pureza de sus miras, y que muestra sobremanera lo saludable de la influencia del Catolicismo; carácter sobre el que no sabemos que se haya llamado todavía la atencion, sin embargo de que presenta un

(1) Hablando el *Times*, periódico tory, de los insultos dirigidos por los protestantes á los católicos, dice: "Semejante lenguaje es insensato y profano; y escita un verdadero "disgusto en las personas juiciosas. Los agitadores de la asociacion protestante han "hecho mas papistas que protestantes.... ¿Cómo puede menos de irritarse hasta el último "estremo el carácter impetuoso de los irlandeses, al ver que los ministros de la Iglesia "establecida agotan el diccionario de taberna, para insultar lo mas sagrado que hay á los "ojos de los católicos?"

contraste muy notable entre O'Connell y los demas tribunos antiguos y modernos, y entre el Catolicismo y todas las sectas, ya religiosas, ya filosóficas.

Jamas pueblo alguno se quejó con mas razon que el pueblo de Irlanda; jamas hombre alguno alcanzó popularidad tan grande y duradera como O'Connell; jamas se amontonaron mas combustibles para una conflagracion espantosa; sin embargo, y á pesar de tantos años como lleva ya la lucha, á pesar de que bastaria que O'Connell gritase "*á las armas,*" todavía se conserva en paz la Irlanda, todavía no ha reventado la revolucion. Recórrase la historia antigua y moderna, y es bien seguro que no se encontrará un ejemplo semejante. Los demagogos no se han contentado jamas con meros discursos: cuando se han sentido con bastante influencia sobre el pueblo, cuando han visto que la revolucion seria popular y encontraria apoyo en las masas, han pasado siempre á vias de hecho; y el poder atado primero con discursos, lo ha sido en seguida con las armas. En Irlanda al contrario: á medida que se ha creado un gran centro de agitacion política y religiosa en la *asociacion nacional*, las insurrecciones parciales se han disminuido notablemente; y se ha visto el estraordinario fenómeno de siete millones de hombres oprimidos y hambrientos, limitándose por espacio de muchos años á quejas y amenazas. Recientes son las guerras civiles provocadas por los protestantes, recientes son las revoluciones promovidas por los llamados filósofos; y por cierto que no pueden presentarnos ejemplo de tanta paciencia y longanimidad. Léase la historia, y se verá que tanto el protestantismo como la filosofia, para acudir á las armas, solo han esperado ser fuertes; para ambos, nunca ha sido cuestion de moralidad, sino de oportunidad.

Consignamos este hecho notable, que en nuestro juicio es el resultado natural de haberse combinado en Irlanda el elemento democrático con el religioso-católico; y de que la fogosidad del primero ha sido templada y detenida por el espíritu pacífico y prudente del segundo. En efecto: la norma de conducta del Catolicismo en la civilizacion de los pueblos es esta: reformar sin destruir; regenerar, pero contando con la accion del tiempo, nunca con trastornos, nunca con baños de sangre.

No obstante, y á pesar de la influencia amansadora del Catolicismo, no nos hacemos ilusiones sobre la verdadera situacion de las cosas; y mucho dudamos que el animado drama en que ha figurado O'Connell como el principal personage, pueda llegar á un desenlace pacífico. En el porvenir de Irlanda hay la revolucion. Los católicos están emancipados, disfrutan de los mismos derechos ci-